

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8374

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará en Cartagena desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos de céntimos.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales: en París, E. A. Lorette, rue Caumartin, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 5 Octubre de 1889

MI OPINIÓN sobre el conflicto hispano-marroquí.

De esas kábilas salvajes
no me espantan los ultrajes,
pues el café sin esencia
que toman sus personajes
no es de *El Barco de Valencia*.

Lo extraño es que hayan de ir
hoy los buques por la p. sta
satisfacción á exigir,
cuando debieran vivir
recorriendo aquella costa.

El pabellón paseado
por un grande acorazado,
y una escuadra improvisada,
es un alarde gastado
que no nos conduce á nada.

Ténganse dos cañoneros
un vapor y una goleta
todo el año de cruceros,
y esos moros pordioseros
no nos harán otra treta.

Y en menos de un santiamén
les introduzco en la panza
ideas de honor y bien
y hago del Riff un edén
de paz y buena crianza.

Siendo así, me voy al puerto,
tomo pase para el charco,
me calo un turbante ingerto
y cátele un moro fuerte
vendiendo calé de *El Barco*.

Benigno Sánchez Risueño, Representante general para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia de los acreditados chocolateros y cafés de *El Barco de Valencia*.

Recomendamos.—Quintina dulce Baaza.—(Véase anuncio 3.ª plana.)

ECOS DE MADRID.

4 de Octubre 1889.

Por lo visto estamos á la altura de la civilizada Inglaterra. Allí tienen un criminal misterioso que de cuando en cuando asesina y destripa—perdonen los lectores la palabra—á una mujer de vida airada. Aquí de cuando en cuando aparecen unos niños degollados, ó un joven asesinado y vilipendiado ó una cabeza, las dos orejas y un fragmento de niño. Allí, donde según se fama cuentan con una buena policía no se halla ni vivo ni muerto al autor de las felonías femeninas. Aquí tampoco parecen ni muertos ni vivos los que tan villanamente se dedican á matar y descuartizar jóvenes y niños.

Allí las víctimas son de vida airada como he dicho: aquí de vida *lirada*; porque según las inducciones que se hacen, los niños y los jóvenes que sucumben son de esos que andan sueltos por esos mundos... del diablo, de esos que se escapan de sus casas sin que sus excelentes padres se tomen el trabajo de buscarlos hasta que los periódicos propagan la noticia de haberse hallado un trozo de criatura.

Tendrá que ver que el muerto sea el bigarrado de nuestro hijo! dirá el marido á la mujer.

—No me extrañaría, contestará ésta, porque están dejados de la mano de Dios.

De modo que resulta: primero que estamos al nivel de una de las naciones más importantes del mundo moderno; y segundo que hay muchos chicos que campan por sus respetos, que desertan de la casa

paterna y que sólo preocupan á los autores de sus días cuando un crimen de los que se repiten les hace recordar que bien puede ser su vástago la víctima.

En este último punto me parece que estamos más adelantados aun que la Gran Bretaña, porque es de presumir que por allá obligará la ley á que los padres cuiden mejor de sus hijos y como por aquí al hacer padres é hijos su voluntad disfrutan de la libertad más amplia, sucede que habiendo sido hasta ahora Inglaterra el país libre por excelencia, les hemos dejado poco menos que en mantillas.

Apesar de lo cual, debemos alegrarnos de haber quedado en paz con el imperio de Marruecos, porque siquiera la idea de ir á vivir allí debe sonreír á los que no sin algún fundamento se asustan de vivir tan excesivamente civilizados como vivimos.

¿A que no hay noticia de que ninguna esposa de un riffeño haya hecho lo que la desdichada señora que el otro día, en un acceso de desesperación se ató al cuello la cuerda de la persiana de un balcón y se arrojó después quedando suspendida?

Dirán algunos que esto no lo hacen las riffeñas porque no tienen balcones ni persianas, pero de todos modos vendremos á parar en lo mismo.

Tampoco allá donde han estado cautivos los del famoso *laud*, que ha acompañado el himno patriótico, un poco antes de tiempo, celebran bailes populares y quizás por eso no sucede entre aquellos salvajes que cuatro ó cinco amigos íntimos pasen la noche alegrementé bailando y al retirarse uno ataviase á otro con un estoque.

Confiamos también en que cuando se escape un vaca por aquellos desiertos ornados de higos chumbos no correrán detrás de ella los guardias de orden público disparando tiros hasta el punto de hacer creer á las gentes pacíficas en una nueva *gloriosa*.

Pero esto consiste en que si las kábilas poseen vacas, no poseen agentes de orden público y váyase lo uno por lo otro!

Falta hace que los buenos propósitos que animan al Alcalde de sanear á Madrid se realicen cuanto antes. Aquello de la cabeza sana en cuerpo sano pondrá término á la locura y la barbarie que en la villa y corte hace que el ornato moral y el material corran parejas.

Y si los periódicos dan menos importancia á la crónica negra, para que la epidemia del bombo y el reclamo que hace tantos extragos en las clases sociales y particularmente en las de los ratas, timadores y criminales de inclinación, les lucite ó cometer horrores y barbaridades con la esperanza de aura popular, es de esperar que sea posible vivir en Madrid, tanto más, cuanto que de vez en cuando hay motivos para que nos figuremos que formamos parte de una nación culta y adelantada.

El admirable discurso que el no menos admirable profesor de la Universidad señor Menéndez Pelayo leyó el día 1.º en el solemne acto de la inauguración del año escolar, prueba que sin el salvajismo pode

mos dar quince y raya á los cafres y liotentotes; en la esfera del arte y de la ciencia tenemos quien nos eleve á la altura de los pueblos en que el progreso brilla con más esplendor.

Esto es lo que más desespera! Con un poco de buena voluntad podríamos figurar dignamente en el festín donde se saborean los manjares de la inteligencia, festín donde se exhiben todas las elegancias de la educación y el buen gusto. Y es no que no nos agraden los festines; pero los celebramos por lo general en figones.

Julio Nombela.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

TABERNA.

Charada

Primera es un verbo

Y letra la dos

Dos tres es espejo

Imagen de Dios.

En cuarta con quinta

Mi barco encalló,

Y cuando á los náipes

Juego con Trifón

Cuatro tres y quinta

Hago y gano yó.

El todo es insecto,

Querido lector

Más que todos sucio

Y trabajador.

J. Martí y Mata.

La solución en el número próximo.

GORDOS Y GORDAS

En los Estados-Unidos acaba de fundarse un Círculo de hombres gordos.

Para ser admitido en él, es requisito indispensable pesar cierto número de kilogramos.

La humanidad asociándose por libras es el colmo de la civilización.

Desde las primitivas tribus hemos llegado á las sociedades «de peso».

El antiguo adagio «tanto tienes, tanto vales», tendrá que ser modificado en estos términos: «Tanto pesas, tanto montas».

Desconozco los estatutos de la nueva sociedad, pero es fácil de presumir cuanto á ella se refiere.

En el edificio habrá una grúa para subir á los socios al salón, cuya puerta tendrá cuatro ó cinco metros de anchura, con objeto de que puedan pasar por ella siquiera un par de individuos á la vez.

Los divanes serán de piedra ferroqueña, y el piso, de bronce de cañón, á fin de evitar probables hundimientos.

A pesar de esto, los días en que el salón esté «animado» habrá necesidad de apuntalar el edificio.

Un camarero, colocado á la puerta, ofrecerá á cada socio, á medida que vayan llegando, una pchuguita de pavo, un par de pichones ó medio kilo de ternera; porque es de presumir que todos ellos necesitarán tomar un bocadito de vez en cuando.

Y será de oír aquella sinfonia de mandibulas de mastodonte.

En verano será irresistible la temperatura de los salones del Círculo, aunque sólo haya en ellos media docena de socios; pero en

cambio, en invierno serán innecesarias las estufas.

Cuando estornuden dos ó tres individuos á la vez, porque también los gordos se constipan, crujián las paredes y oscilará el piso como si amenazara un terremoto.

Estará absolutamente prohibido dar palmadas para llamar á los mozos, á fin de evitar que se rompan los cristales del edificio.

Habrán trineos para que los socios paseen por el salón, y tinajas para que escupan.

Una discusión acalorada tendrá en el Círculo de los polsiarcos todos los caracteres de una tormenta con acompañamiento de truenos, bombo y platillos.

La nueva sociedad ofrece una ventaja indiscutible.

Sus individuos no llegarán nunca á las manos, por impedírselo los abdomenes.

En cambio, se pelearán á barrigadas.

Hasta ahora los hombres gordos, en cuanto gordos, no han tenido otra misión que la de arrastrar su volumen por el suelo.

Hoy ya tienen un puesto á que aspirar.

La presidencia del círculo «pesado».

Nunca he podido explicarme el capricho de ser gordo.

Y mucho menos el de ser mujer gorda.

Un individuo dejó de pertenecer á la especie humana en el momento de convertirse en copia reducida del globo terráqueo.

Yo hago todos los esfuerzos imaginables para que no me ocurra semejante desgracia.

Pero me ocurre «la otra».

Entre un hombre prudentemente gordo y yo pesamos siete arrobas.

D.ª Robustiana, la señora de un distinguido maestro de obra prima que está á punto de volverse loco porque no puede hallar el medio de sustituir las suelas con la pasta que se emplea en la fabricación de fideos, ha empezado á preocuparse seriamente, desde que notó hace pocos días que el corse tenía dos puntos más estrecho.

—¿Qué va á ser de mí?—suele exclamar llena de terror, mientras se mide el talle con un hipómetro que le ha prestado el veterinario de su familia, porque ellos no tienen en su casa más animales que pulgas en el verano y cucarachas en el invierno.—Voy á perder el cariño de mi esposo y hasta el respeto de los oficiales.

«Pues no es poco delicado mi Antipas tratándose de las mujeres! El que está siempre hablando de la esbeltez y de la «corrupción» de formas... ¿Qué va á decir cuando me vea convertida en un saco de noche, y recuerde que se enamoró precisamente de mi cintura, flexible como la piel de gamuza, según me decía en aquella carta en que me anunciaba sus resaca de arraparse los colmillos con una tenaza y ahorcarse luego con el tirapié, si yo no le correspondía?»

Ante el temor de aumentar de volumen, D.ª Robustiana se ha mandado hacer un corse faja de becerro; toma todos los días medio litro de vinagre, porque una vecina le ha dicho que este líquido «come mucho», y ayer me comunicó su propósito de hacerse, para su uso interior, un traje de papel acetato con objeto de que absorbiera los jugos de su cuerpo y no le permitiera engordar.

Los hombres gordos me inspiran respeto, aunque no sea más que por el recelo de que se me caiga encima, pero las mujeres gordas me ponen nervioso.

Sea mi constante pesadilla.

Y se explica.

Gorda era la pasigaza que me «emborrachó» á sus pechos, de los que sólo fluía alcohol amílico; gorda era la patrona que por